

Elíseo RECLUS

ELISEO Reclus, es una figura serena. En los peligros de los viajes ecuatoriales, en las tempestades de la vida política, frente al dolor y a la muerte, su palabra no pierde nunca esa transparencia cristalina que permite ver, a través del convencionalismo del lenguaje, el alma de quien escribe o de quien habla. Esa serenidad suya, dolorosa a veces, y a veces infantilmente alegre, hace que en estos momentos atormentados se vuelva de tiempo en tiempo a la lectura de Reclus, no sólo en busca de conocimientos, sino también y sobre todo, en busca de fuerza y de equilibrio para el combate. Su obra es límpida, como es límpida su vida. Lo vieron llorar una vez frente al espectáculo de un hombre borracho, pero nadie vio nunca nublarse su frente por las dificultades materiales de su vida.

Nació E. Reclus en 1830; murió en 1905. Su vida, pues, pertenece, casi en su totalidad, al siglo pasado. Su generación es la misma de nuestro abuelo o de nuestro bisabuelo. Y, en efecto, tanto en su obra de sabio, como en la propaganda que realizó como anarquista, encontramos muchos rasgos de la mentalidad que caracteriza la segunda mitad del siglo XIX. Su acentuado materialismo, su fe optimista en los beneficios de la ciencia, su visión un poco determinista de la historia humana, demuestran que él es bien hijo de su tiempo. Sin embargo, prescindiendo de esta contribución que él pagó al ambiente que lo rodeaba, como cada uno de nosotros paga la suya ahora, aunque no lo quiera, a la mentalidad dominante, él permanece siendo, con su obra gigantesca, con su pensamiento límpido y ardiente a la vez, el sabio de todos los tiempos.

El rasgo más saliente de su personalidad espiritual es acaso esa unidad profunda que existe en él entre todas las manifestaciones de su vida. No se puede pensar en Reclus como geógrafo, sin pensar también al mismo tiempo, en Reclus como propagandista, en Reclus como educador, en Reclus como artista de la palabra. Cuando emprendemos el estudio de la figura de Reclus, es el hombre, el hombre entero con todas sus actividades y con todos sus pensamientos, el que se nos presenta a los ojos.

Hay, sí, quien quiere separar al autor de la "Geografía Universal", el hombre

de ciencia que todos admiran, del rebelde que el pueblo ama, pero que los viejos prejuicios condenan. Cuando Reclus murió, en todas las revistas geográficas de Francia, de Italia, de Alemania, de Inglaterra, aparecieron artículos sobre su obra científica. Y casi todos esos pequeños escritores terminaban su análisis más o menos así: "Reclus fué grande; fué un gran sabio. Lástima que haya sido anarquista! Pero es una desviación espiritual que no tiene nada que ver con su grande obra científica. Todos tenemos nuestros defectos. Reclus tuvo el defecto de ser anarquista, y debemos ser indulgentes con él."

Pues bien. Los que hicieron el necrologio de Reclus en esta forma, no habían comprendido nada, ni de su grandiosa obra geográfica, ni de las ideas de que esa obra, como todos los otros aspectos de su vida, está impregnada.

Reclus fué uno de los espíritus más libres y más comprensivos que hayan existido. Para él, "servir" y "mandar", eran dos aspectos igualmente repugnantes de una misma deformidad espiritual. Y fué este anhelo hacia una libertad siempre más amplia, el que lo impulsó a negar el Estado y a declararse anarquista. El lunidad a una forma de sociedad basada en el libre consentimiento de los individuos, a una sociedad que fuera purificada de todas las escorias autoritarias que nos viene de un lejano pasado y que se llaman Estado, capital, iglesias oficiales, confines entre las diversas naciones, etc. Es una rebelión contra todos los dogmas, y al mismo tiempo una ardiente aspiración al amor, a la hermandad entre todos los hombres, tanto más profunda, cuanto más libre. Toda su vida fué un constante esfuerzo para realizar este ideal, no sólo en el mundo, sino también en sí mismo, en su vida moral y en su obra científica. Todas las páginas de su inmensa obra geográfica, que comprende más de cuarenta gruesos tomos, están animadas por ese soplo ardiente de amor, amor hacia todos los hombres, amor hacia la naturaleza, amor hacia la libertad. Y es este soplo ardiente el que las hace vivir, que les da la hermosura de la obra de arte.

Por eso se puede decir que ese defecto que él tenía, de querer la libertad y la justicia más que todo, está bien lejos de no tener importancia para su obra geográfica, como los que tienen el monopolio

de la ciencia oficial quieren hacer creer. Al contrario, constituye la razón misma de sus estudios y de sus búsquedas científicas, puesto que ese deseo que él tuvo desde los comienzos, de estudiar la tierra y los pueblos que sobre ella viven, y de hacerlos conocer a los otros, obedece a la idea de que conocer es empezar a amar. Cuando los pueblos se conozcan más, cuando el europeo conozca las condiciones de vida del japonés o del australiano, su civilización, su lucha en contra de los obstáculos naturales, entonces dejará de ser indiferente hacia esos hermanos lejanos y empezará a quererlos. Reclus pensaba que la ciencia no es esa diosa fría e impersonal que quiere ser adorada por sí misma, de que nos hablan algunos, sino que es algo profundamente humano, que habla no sólo a la inteligencia, sino también al corazón de los hombres y los hace menos egoístas, porque les enseña cuán grande es el mundo, cuántas cosas maravillosas hay por encima de los individuos, de las naciones, de las mezquinas luchas que dividen entre sí las diversas fracciones de la humanidad.

Y esa misma unidad que hay entre el pensamiento geográfico y el pensamiento político de Reclus, la encontramos también entre sus ideas y su acción, su palabra y su vida. La persistente conformidad de lo que él hacía, con las ideas que profesaba, conformidad que a menudo le costó sacrificios, dolores, y hasta insultos, hace de él un hombre completo, casi diría, si no me repugnara la palabra, un superhombre. No es el acto heroico, la hazaña extraordinaria que muchos, bajo el impulso de un fuerte sentimiento pueden realizar; es la coherencia de todos los días, es la vigilancia continua sobre sí mismo, es el esfuerzo cotidiano para acercarse a la perfección, bajo el imperio de una ley moral que, por tener su origen en la misma conciencia del individuo, es más fuerte que toda imposición.

Eliseo Reclus nació el 15 de marzo de 1830. Su padre era pastor protestante en Sainte-Joy-la-Grande, una pequeña ciudad francesa. El ambiente familiar en que el niño se desarrolló, ambiente en que la más ardiente religiosidad se juntaba con la rigista honradez de los puritanos, tuvo una influencia decisiva sobre el alma de Eliseo y de sus demás hermanos. La fe en Dios se transformó más tarde, para Eliseo, como para casi todos los hermanos, en la fe en un ideal superior de justicia, y las leyes morales aprendidas en la casa paterna se hicieron en sus corazones menos duras, y más amplias, más profundamente humanas. Pero el olvido

de sí mismo frente a una idea, el espíritu de sacrificio, son los mismos en los padres y en los hijos. Hay, entre las dos generaciones, contraste de ideas mas continuidad de sentimientos. Se cuentan sobre el padre de Reclus, varias anécdotas, que ponen su figura evangélica muy cerca de la figura rebelde y buena de su hijo. Contaré una sola. La familia Reclus tenía un campo de papas. Y una noche vinieron unos rateros y se llevaron unas cuantas. Cuando el pastor Jacques Reclus se dió cuenta del robo, puso buena parte de sus papas en montones fuera de los límites de la propiedad, a fin de que los que las necesitaban, no tuvieran que cometer otra vez el pecado de robar.

El hijo, Eliseo, educado, según la voluntad de sus padres, en un colegio protestante alemán, entre condiscípulos de todas las nacionalidades, salió de ahí ya hecho hombre, se puede decir, a los 14 años. Hombre por su madurez interior, pero joven por su entusiasmo y su deseo de aprender.

La ola revolucionaria que estremeció toda Europa en 1848, lo encontró estudiante en la Universidad de Montauban, donde frecuentaba los cursos junto con su hermano Elías, que fué para él, en toda su vida, más que un hermano, un amigo. Los dos hermanos fueron arrastrados, como casi todos los jóvenes de ese tiempo, por los entusiasmos despertados por la revolución de febrero. Las aspiraciones de Eliseo hacia la libertad, aspiraciones que eran ardientes, aunque todavía mal definidas, debían encontrar un comienzo de satisfacción en cada movimiento verdaderamente popular. Pero, desde la República nacida en febrero de 1848 al gobierno dictatorial de Napoleón III, el paso fué muy corto. A los entusiasmos siguieron muy pronto las desiluciones. Hacía poco tiempo que Eliseo había vuelto de Berlín, a donde había ido para cursar en la Universidad, y donde, bajo la enseñanza del célebre geógrafo Ritter, había iniciado los estudios geográficos, cuando triunfó en Francia el II Imperio.

Los dos hermanos que le habían resistido en la medida de sus débiles fuerzas, después de la derrota tuvieron que salir de Francia y emigrar al extranjero.

La historia se repite, en el tiempo y en el espacio. En el siglo pasado se encontraban desparramados por Europa italianos que habían tenido que emigrar de Italia porque eran perseguidos por la tiranía austriaca, en Inglaterra se encontraban franceses perseguidos por el Imperio triunfador, aquí, en la Argentina, se encontraron hombres de todas las naciona-

lidades, perseguidos por el gobierno de su país. Hoy, en todos los países del mundo en que todavía hay algunas apariencias de libertad, se encuentran los prófugos de todas las dictaduras.

Los desterrados franceses de 1851 emigraron en su gran mayoría a Inglaterra, y fué allí hacia donde dirigieron sus pasos también los hermanos Reclus. Fueron algunos meses de miseria y de privaciones. Más de una vez Eliseo se vió obligado a vender el único par de zapatos decentes para comprar un libro. Esas condiciones continuaron hasta que encontró empleo como director de una estancia, en Irlanda. Más o menos en este período, empiezan a definirse en el pensamiento del joven las ideas que profesará con tanto ardor el hombre maduro. En efecto, tiene la fecha de 1851 un breve escrito de él, un escrito en que el joven Eliseo había tratado en ese tiempo de expresar sus ideas y que después quedó olvidado entre los papeles viejos. Fué publicado en estos últimos años. De este escrito resulta que en ese tiempo él, aunque fuera todavía creyente, ya no era cristiano en el sentido estrecho de la palabra. Además, bajo la fraseología republicana de la época, ya se siente la aspiración a la libertad más completa, no la libertad puramente política que estaba escrita en las banderas de la Revolución francesa de 1789, sino la libertad en el sentido amplio que él mismo daba a estas palabras más tarde, cuando claramente se definía anarquista.

En Irlanda, en la soledad de la estancia, en el íntimo y continuo contacto con la Naturaleza, tuvo origen también la primera obra geográfica de Reclus, "La Tierra", que fué publicada mucho más tarde.

En 1852, Reclus deja Irlanda y se embarca para la América del Norte.

Su estada de más de 4 años en el Continente Nuevo, merecería un estudio muy largo. Diré sólo que después de haberse quedado dos años en Estados Unidos como profesor, se trasladó a la Nueva Granada (ahora Colombia), donde trató de realizar un antiguo proyecto de colonización agrícola. La colonia fracasó, pero su permanencia en aquellos lugares no fué inútil, ya que allí él conoció y empezó a querer las poblaciones suramericanas, que tienen la suerte — son casi sus mismas palabras — de ser el resultado de una mezcla de todas las razas y en las que las cualidades morales y físicas de todas las razas se juntan, haciendo de ellas las poblaciones del porvenir.

Resultado de los dos años pasados en

Nueva Granada y de las exploraciones que allí realizó, son muchos artículos sobre América, publicados en la "Revue des deux Mondes" y, sobre todo, un librito, que ahora ya es muy difícil de encontrar con el título de "Viaje a la Sierra Nevada de Santa Martha", librito que es una pequeña joya de arte descriptivo.

En 1857, Reclus volvió otra vez a Francia y se puso a trabajar con más tranquilidad, para la geografía. Siete años más tarde, en 1864, se fundaba en Londres la **Asociación Internacional de los Trabajadores**, que tanta obra tenía que realizar en el sentido del acercamiento de los trabajadores de todos los países.

Reclus fué uno de los primeros en adherirse a dicha Asociación. En esta época él es ya completamente anarquista y, como anarquista, actúa en la misma Internacional y en los periódicos. Su actividad como hombre de ciencia y su lucha por la idea se desarrollaban juntas con perfecta regularidad. Porque si Reclus realizó en su vida una obra científica inmensa, casi diría sobrehumana, esa fecundidad es una consecuencia directa del rígido método que reglamentaba su trabajo. Pero de improviso, en 1870, los acontecimientos políticos interrumpieron esa serena e intensa actividad. Vino la guerra de Francia contra Alemania, vino la derrota de los franceses y la caída del Imperio de Bonaparte; vinieron, en fin, en 1871, los días heroicos y sangrientos de la Comuna de París. Toda entera la población parisiense se sublevó en contra del gobierno reaccionario, aunque se llamara republicano, que había sucedido a la tiranía de Napoleón III. Fueron dos meses de sacrificios, de luchas desesperadas, que terminaron una vez más con la derrota del pueblo. Reclus tuvo parte activa en estos acontecimientos. Ya no es el sabio, ya no es el escritor elegante y el pensador teórico, ese Reclus que se encuentra en 1871 entre las filas de los combatientes en París. Es el soldado, simple soldado a pesar de su ciencia, porque no había querido aceptar cargos en los que habría tenido que mandar. Y como simple soldado, quedó prisionero de los reaccionarios, en uno de los combates en que tomó parte en los alrededores de París. No se pueden describir los horrores que vió y que padeció en el año que pasó en las cárceles antes del proceso. Arrastrado con sus compañeros de un lugar a otro, viendo continuamente caer alrededor suyo a los más valientes partidarios de la Comuna bajo los tiros de fusil de los guardianes, viendo la razón de muchos vacilar bajo la tortura, él mismo, agotado

por los sufrimientos, tuvo ocho días de delirio. Pero su fibra fuerte pronto venció y volvió a ser el de antes, sereno en medio de los horrores y de la muerte, consolador y maestro de sus compañeros de sufrimiento. En la prisión de Quéleru, donde estuvo algún tiempo, había 150 analfabetos; cuando él salió, 100 de ellos sabían leer.

En fin, en 1872, cuando ya condenado a la deportación, estaba por salir para los lugares donde tenía que cumplir su condena, ésta, gracias a la protesta de los sabios de toda Europa, entre los cuales figura el gran nombre de Darwin, le fué conmutada por la pena del destierro.

Y en Suiza, apenas libre, como si no hubiera pasado nada, reanuda en seguida su trabajo por un momento interrumpido.

Desde 1874 empieza a salir regularmente, un grueso tomo por año, la "Nueva Geografía Universal", que con sus 19 tomos, había de ocupar las actividades del sabio por 19 años. Desde este momento en adelante, la vida de Reclus se desarrolla un poco más tranquila. Los únicos acontecimientos importantes que varían un poco los últimos treinta años, son los viajes, los libros publicados, y, sobre to-

do, en 1894 la fundación en Bruxelles de la "Universidad Nueva", una institución de libre cultura, surgida en contra de las Universidades oficiales, en que Reclus pudo manifestar sus cualidades de educador y de organizador.

Desde 1893 a 1905, año de su muerte, residió casi siempre en Bélgica, dividiendo su tiempo entre la enseñanza, el trabajo para la preparación de su último libro "El hombre y la tierra", las conferencias científicas y políticas, la colaboración en los varios periódicos anarquistas y la correspondencia.

Murió el 4 de julio de 1905.

Su última sonrisa fué para saludar con el corazón lleno de gozo el viento revolucionario que aquel año venía de Oriente, de la Rusia torturada por el régimen del zar, que trataba de sacudir de sus hombros a la tiranía. No fué sino una tentativa desventurada y noble que no tuvo éxito. Pero al sabio que estaba muriéndose, bien pudo parecerle el alba radiosa del nuevo día por él soñado.

(Seguirá)

Luce FABBRI

LA GUERRA

LA PARTIDA



Grabado inédito de P. AUDIVERT